

demonio y el mundo y la carne, han de poner muy gran esfuerzo porque no los cumpla. Resístales con todas sus fuerzas, procurando vencerlos, teniendo en poco los daños que le pudieren hacer, aunque sea pérdida de los bienes del mundo, aunque sean tormentos y trabajos grandes, aunque sea perder la vida.

Considere que éstos que aquí le persiguen, y le quieren engañar, ofreciéndole por una parte muchos regalos, y por otra muchas pérdidas, no han de ser despues sus jueces, sino sus acusadores y enemigos, siendo sólo el que le pone estos Mandamientos el que le ha de juzgar. Tambien debe pensar, y traer á su memoria continuamente, que fuera de servir á tan grande y tan buen Señor, con las obras que en estos Mandamientos le manda, no le sirve sin grande premio; porque en el otro mundo le dará gloria sin fin, teniéndole siempre en su compañía, regalándole, estimándole, y favoreciéndole como cosa muy amada; y en este mundo tambien se encargará de su inocencia, mirando por su justicia, y favoreciendo sus propósitos, cuando su divina sabiduría juzgare que es tiempo acomodado de cumplir su palabra.

## MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA.

Fuera de los Mandamientos de la Ley de Dios, hay otros que prudentísimamente ha ordenado la Santa Madre Iglesia, acerca de los cuales se han de advertir tres cosas. Lo primero, qué Mandamientos sean éstos. Lo segundo, la dignidad de la Iglesia que los ordenó. Lo tercero, el fin y provecho que de ellos pretende.

Cuanto á lo primero, aunque la Iglesia ha hecho varios estatutos y leyes, cinco Mandamientos son los más señalados, y recibidos de todos tiempos pasados, confirmados con la costumbre y consentimiento universal de los fieles, y son los siguientes:

El primero es guardar las fiestas, y oír Misa estos mismos días de fiesta.

El segundo es ayunar los ayunos por la Iglesia determinados, como son los de la Cuaresma, y de las cuatro Témporas del año, y de las vigiliass de algunos Santos; las cuales se llaman vigiliass, porque antiguamente velaban los cristianos tales noches, gastándolas en oracion y alabanzas de Dios.

El tercero es confesar todos los peca-

dos una vez en el año al propio Sacerdote.

El cuarto, comulgar una vez por Pascua florida, ó ántes, ó despues, si se espera haber peligro de muerte.

El quinto es pagar fielmente los diezmos y primicias á los Ministros de la Iglesia.

Acerca de lo segundo, diremos algo de la excelencia de la Iglesia, que ordenó estos santos estatutos, para que así los reverenciamos más. Iglesia, dicen los Santos, que es la congregacion universal de todos los fieles que profesan la doctrina de Cristo, en cualquiera parte del mundo que estén derramados, constituyendo todos éstos un cuerpo místico, y una santa, católica y universal Iglesia; la cual, teniendo por cabeza á Cristo, fué encomendada á San Pedro, y á todos sus sucesores.

A esta Iglesia engrandece Cristo con grandes favores y beneficios, no teniendo cosa más amada que ella. A ésta adorna, conserva, enriquece, y defiende de todos sus enemigos. Esta quiso que fuese su casa, en la cual están los hijos de Dios. Esta quiso que fuese columna y fundamento de la verdad, porque no se dudase de su doctrina; la cual, como amparo y guarda,

intérprete y maestra de la verdad, tiene suprema autoridad en todas sus determinaciones. Esta quiso que estuviese fundada sobre piedra firme, porque estuviésemos ciertos que todas las fuerzas y poderes del infierno no habian de prevalecer contra ella, derribándola de la fe, esperanza, y amor que tiene con Dios. Esta quiso que estuviese como una ciudad puesta sobre un monte, para que de todos fuese vista, y se acogiesen á ella, no divirtiéndose á las cuevas y conventículos de los herejes. Esta es la azucena blanca entre las espigas de los infieles de este mundo. Esta á quien la Escritura divina llama esposa y hermana y amiga de Cristo, por cuya redencion y santificacion, purificacion, congregacion y desposorio, el Hijo de Dios padeció tantos trabajos, á quien dejó el Sacramento de su precioso cuerpo y sangre. Por ésta rogó al Padre, que nunca desfalleciese en su fe. A ésta prometió de darle el Espíritu Santo, dejándole por maestro y tutor, por su presidente y gobernador. Y así dice la misma verdad: El os enseñará todas las cosas, y trayéndoos á la memoria, y declarando todo lo que yo os dijere, os manifestará toda verdad, que os fuere necesario saber.

Pues esta Iglesia, cuya autoridad es

tan grande, sin los diez Mandamientos de la Ley de Dios, que ya declaramos, nos señala estos cinco; los cuales ayudan en gran manera para guardar la misma Ley de Dios.

Esto es lo tercero que propusimos tratar, del fin y fruto de estos Mandamientos, el cual es la guarda de los Mandamientos de la Ley de Dios; porque como de la buena raíz nacen buenos los frutos, así, para cumplir bien las obras que mandan los diez Mandamientos, conviene que esté uno bien dispuesto en sí mismo; para lo cual ayudan, y á esto se enderezan muy principalmente los Mandamientos de la Iglesia; los cuales miran por el provecho particular de cada fiel.

La Ley de los diez Mandamientos toda es ley de caridad y justicia, que mira á ordenar al hombre cómo se ha de haber con otros, no haciendo á nadie agravio ni ofensa; pero como para esto sea menester que uno esté ordenado consigo, convino que la Iglesia nos lo enseñase con sus santas leyes; porque el hombre para ser perfecto cristiano, ha de mirar cómo cumple tres obligaciones que tiene: una para con Dios, otra para con los hombres, la tercera para consigo mismo.

El cumplir con Dios, nos lo enseñan

los tres Mandamientos de la primera tabla: el cumplir con los otros hombres, nos lo enseñan los siete Mandamientos de la segunda: y para cumplir con nosotros, y ordenar nuestra vida, sirven los Mandamientos de la Iglesia; porque aunque nos mandan actos de religion, con la cual virtud cumplimos con Dios, es porque para ordenarse uno á sí mismo, sirve el uso de los Sacramentos de la Confesion y Comunion; y así los determina, para que sea, por lo menos, una vez cada año.

Tambien manda el ayuno, que habilita notablemente al alma para la vida espiritual, y doma las pasiones desenfrenadas.

La paga de los diezmos tambien se endereza al provecho particular, para que, sustentando con ellos los fieles á los Maestros espirituales y Pastores de sus almas, no les falte pasto de vida y salud eterna: tambien para que obligando al Señor con ese tributo, no carezcan del sustento temporal, sino que tengan sus cosechas más copiosas.

De manera que si consideramos bien estos sagrados estatutos de la Iglesia, hallaremos en ellos unos excelentes documentos para ordenar la vida cristiana, y son: El primero, tener recurso á Dios,

de quien nos amonesta en el precepto de oír Misa. El segundo, tener cuenta con la pureza y santidad del alma, de que nos avisa con el precepto de la Confesion. El tercero, procurar adelantar esta misma santidad, y perseverar en la virtud, procurando sustentarnos y crecer en la vida espiritual, y esto nos quiere decir con el precepto de la Comunión. El cuarto, mortificar la carne; y esto nos encarga con el precepto del ayuno. El quinto, tener un Maestro y Padre de espíritu, que gobierne nuestras almas; lo cual nos encomienda con el Mandamiento de los diezmos y primicias, que quiere se paguen á los que nos enseñan la doctrina del cielo.

Estos cinco consejos debe tener el cristiano, que quiere cumplir perfectamente sus obligaciones, muy en su memoria y corazon.

Otro documento muy saludable podemos aprender de nuestra Madre la Iglesia, en haber añadido estos Mandamientos sobre los diez de la Ley de Dios, y es que no nos hemos de contentar con solo cumplir las obras de obligacion, sino añadir otras de supererogacion; y que para cumplir bien la Ley de Dios, hemos de hacer algo más de lo que manda la ley; porque muy cerca está de quebrar las obras de

obligacion, quien no quisiese hacer algunas de devocion.

Fuera de esto, son todos estos Mandamientos de la Iglesia muy conformes á toda piedad y razon, y llenos de otros grandes provechos, que traen consigo; porque son bienes saludables, y ejercicios de fe y humildad y obediencia cristiana; los cuales, sirviendo para la honesta disciplina y concordia del pueblo cristiano, son señales tambien de la verdadera religion, é indicios de la piedad interior con que edificamos al pueblo, dando luz de buen ejemplo á todo el mundo, guardando aquello que el Apóstol aconseja diciendo: Haced todas vuestras cosas honesta y ordenadamente: de lo cual tanto se aprovechan mal el dia de hoy, viviendo con muchas demasías, de las cuales nos libran estos tan santos estatutos de la Iglesia, poniendo freno al apetito humano, y enseñándonos á usar bien de la libertad cristiana: la cual se llama libertad, no porque nos da licencia para comer y beber, sino porque nos libra de la tiranía de nuestras pasiones y del yugo de la ley vieja, dándonos espíritu de hijos de Dios, para que no por miedo ni interes hagamos obras de cristianos, sino de nuestra pura voluntad, sirviendo á Dios en justicia, siguiendo al

Espíritu Santo, que es la guía de la ley de la caridad, y el que nos hace amigos de la justicia, hijos de la obediencia, seguidores de la penitencia y de la Cruz, como dice el Apóstol: «Vosotros, hermanos míos, sois llamados á la verdadera libertad; mas con tal condicion, que no tomeis de ella ocasion para daros á vicios de la carne; mas ántes por medio de la caridad y del espíritu sirvais los unos á los otros».

Para esta caridad nos sirven todas las obras virtuosas, y señaladamente estos Mandamientos de la Iglesia. De cada uno de ellos se pudiera advertir mucho más; pero porque en otras ocasiones se dirá, sólo declararemos á continuacion algunas cosas convenientes acerca de la Misa, uso de la Confesion, Comunión y ayuno.

#### PRIMER MANDAMIENTO.

*Declárase qué cosa sea Misa.*

Oblíganos, con mucha razon, la Iglesia á oír todos los dias de fiesta Misa, por la gran excelencia de este sacrificio, y los bienes y provechos grandes que por él nos vienen; por los cuales no habia de dejar

de oír Misa cada dia quien pudiese; porque entre todas las grandezas de la Religion y culto de los cristianos, la mayor es ésta, por razon del sacrificio y del Sacramento que en ella se consagra; y así será bien tratar de este gran misterio.

Misa es un utilísimo y divinísimo sacrificio que se ofrece á Dios, en el cual la Iglesia, mediante el ministerio del Sacerdote, ofrece al Eterno Padre la más rica ofrenda que puede ofrecérsele, que es el cuerpo y sangre de su unigénito Hijo, que por nosotros se ofreció en la cruz.

Para lo cual es de saber, que antiguamente desde el principio del mundo, los hombres ofrecian sacrificios de animales, matándolos y quemándolos, para honrar y dar gloria á Dios: así le ofreció Abel, Noé, y Abrahan y otros Padres. Estos sacrificios eran una protestacion y confesion que hacian de cómo Dios era Criador, Conservador y Dador de todos los bienes, y Señor universal de todos; y como tal le ofrecian y le presentaban lo que él mismo les daba, reconociendo que todo lo tenían recibido de su mano, y á él se lo volvian á entregar, como cosa recibida de su inmensa liberalidad, dándole las gracias por ello; y no solamente era esta protestacion reconocimiento de sus beneficios,

sino tambien satisfacci3n por los pecados; porque matando aquellos animales, daban 3 entender que los que los ofrecian eran merecedores de muerte, por haber ofendido 3 Dios; ofreciendo en se1al de la muerte que ellos merecian la de aquellos animales: d3ndose con esto la divina misericordia por contenta, la cual no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Mas porque este sacrificio era imperfecto, no teniendo valor por s3 mismo sino por la humildad y devocion del que lo ofrecia; porque es imposible, como dice el Ap3stol, que se quiten los pecados con sangre de cabritos 3 de toros; por eso vino el Hijo de Dios al mundo, que con inestimable caridad y celo de satisfacer 3 la honra de Dios y procurar la salvacion de los hombres, se ofreci3 3 s3 mismo, y su propia sangre y vida en servicio y obediencia del Padre. El cual sacrificio fu3 de infinito valor por la dignidad de la persona que le ofrecia, no deleit3ndose Dios con los dolores ni muerte de los hombres, mas deleit3ndose sumamente con la caridad, con la humildad, con la mansedumbre, con la paciencia y con la suma obediencia de su unig3nito Hijo; el cual con suma devocion y alegr3a ofreci3 su vida por la

gloria del Padre, y ofreciera mil vidas si mil tuviera.

Este sacrificio le fu3 tan agradable, que basta cuanto es de su parte para el perdon de todos los pecados del mundo, y para que por 3l se den todos los bienes de esta vida y de la otra. Por esta causa, despues que se instituy3 este sacrificio, no quiere Dios que se ofrezcan los otros, sino este solo, pues solo basta para nuestro remedio. Y as3 dice por el Profeta Malaquias: Ya no tengo mi voluntad, ni mi corazon con vosotros, ni recibir3 m3s ofrenda de vuestras manos; porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, es mi nombre grande entre las gentes, y en todo lugar se me ofrece una ofrenda muy limpia; la cual no es otra sino la de aquel Cordero sin mancilla, de quien dijo San Juan Bautista: Veis aqu3 el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Pues este mismo es ahora el sacrificio que se ofrece en la Misa; conviene 3 saber: el mismo Cordero, la misma carne, y la misma sangre que se ofreci3 en la Cruz; y la misma aceptacion y gracia que entonces tiene ahora; porque tan fresca est3 aquella preciosa sangre el dia de hoy en el acatamiento divino como el dia que se derram3. De manera que el mismo sacrifi-

cio que allí se ofrece aquí, aunque no de la misma manera; porque allí se ofreció visiblemente con dolor y heridas del que padecía; mas aquí se ofrece sacramentalmente, sin dolor ni muerte del que se ofrece.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que Cristo es Sacerdote segun la órden de Melquisedec; y llamóse Sacerdote de esta órden, á diferencia de los Sacerdotes de la órden de Aaron, los cuales ofrecian á Dios sacrificios de animales; mas Melquisedec ofreció sacrificio de pan y vino, como lo hizo despues de aquella insigne victoria de Abrahan. Porque, como dice el texto de la sagrada Escritura, era Sacerdote del altísimo Dios; por esto se llama Cristo Sacerdote, segun esta órden y no segun la órden de Aaron, porque no ofreció sacrificios de animales, como él ofrecia, sino sacrificio de pan y de vino como ofreció Melquisedec; el cual sacrificio ofreció en la última Cena con sus Discípulos, cuando consagró el pan y el vino, ofreciéndolo no solamente á los Discípulos para que lo recibiesen, sino tambien al Padre para que lo aceptase para remedio de nuestros pecados, y en memoria del sacrificio que luégo habia de hacer en la Cruz. Pues cuando ahora nosotros ofrecemos en la Misa á Cristo, no le ofrecemos

como Él se ofreció en la Cruz, sino como Él se ofreció en la Cena; esto es, que no le ofrecemos herido ni ensangrentado ni mortal, porque ya resucitó de los muertos para nunca más morir, como dice el Apóstol; mas ofrecémosle, segun dijimos, como Él se ofreció en la Cena, representando este mismo sacrificio y obrando por él lo mismo que se obró en la Cruz; para que demos gracias al Padre Eterno, que tuvo por bien de recibirnos en su amistad por aquel único sacrificio que su Hijo le ofreció por nosotros.

Tambien en este sacrificio de la Misa aplicamos á nosotros, como cosa nuestra, al Hijo de Dios, para alcanzar perdon de nuestros pecados, y juntamente pedimos todo lo que es necesario para nuestra salvacion; en la cual peticion rogamos al Eterno Padre, que por Jesucristo, su Hijo, tenga por bien nos sea saludable y eficaz todo aquello que Cristo nuestro Redentor nos mereció por el sacrificio que hizo de su cuerpo y sangre en la Cruz para remedio del mundo; que aparte todos los males de nosotros, y conceda todos los bienes, y con su fortaleza nos ampare y socorra; y finalmente, por este sacrificio se aplaca Dios y se perdonan los pecados, porque por él se nos aplica el beneficio de la redencion.

Este sacrificio durará para siempre; porque como Cristo es eterno Sacerdote, así su cuerpo y sangre persevera para siempre, siendo hostia y sacrificio para aplacar á Dios; como lo prueba el Apóstol en la epístola á los hebreos, diciendo así: En la ley habia muchos Sacerdotes, porque no podian vivir mucho tiempo: mas Cristo, que vive para siempre, tiene sempiterno sacerdocio: de manera que en el sagrado sacrificio de la Misa se perdonan los pecados por la memoria y representacion que en ella se hace del único sacrificio de la muerte de Cristo; la cual allí se representa, no solamente en la intencion del Sacerdote, sino tambien en las palabras, en las acciones, en los vestidos y ornamentos: porque aunque lo principal y esencial de la Misa sea esto, todavia concurren en ella otras cosas que nos ayudan á ofrecer con mayor devocion este sacrificio: como son las oraciones y leccion de epístola y evangelio, y todas las otras ceremonias que se hacen, las cuales nos despiertan á considerar con atencion los misterios que en la Misa se representan; porque tanto nos cabrá de este sacrificio cuanto con mayor pureza y devocion le ofreciéremos.

De manera que dos cosas concurren

en la Misa, una principal y otra como accesoria. La principal es el sacrificio, y la accesoria son todas las otras cosas que proceden y acompañan al sacrificio, las cuales sirven, como está dicho, para despertar nuestra devocion, enseñar nuestra vida, y purificar nuestra conciencia. Esto es, pues, lo que se comprende debajo de la palabra Misa. De todo lo cual se conocerá, que la Misa es uno de los misterios más altos que hay en toda la religion cristiana.

## II.

*De la reverencia con que se ha de oír Misa.*

Al sacrificio tremendo que se celebra en la Misa, asisten los espíritus celestiales con profundísima reverencia, á los cuales deben imitar todos los que en la iglesia estuvieren: porque este sacrosanto sacrificio, no solamente le ofrece el Sacerdote, mas tambien los otros cristianos, especialmente los que se hallan presentes; todos ellos le ofrecen por manos del Sacerdote, que es ministro público, por cuyas manos la Santa Madre Iglesia ofrece á Dios aquel sacrificio de infinito valor; por lo cual el Sacerdote, despues que



ofrece el cáliz con la hostia, volviéndose para el pueblo, dice estas palabras: Orad, hermanos, para que este sacrificio, que es mio y vuestro, sea acepto del Señor Dios. Y por eso no solamente el Sacerdote ha de estar atento y devoto, sino todos los presentes deben estar con devoción, pensando en la vida y Pasion de Cristo Señor nuestro, que allí se representa; pues todos juntamente con el Sacerdote la ofrecen. Y por esto antes que el Sacerdote consagre este tan alto misterio, dispone al pueblo con la doctrina apostólica y evangélica, despertándole con esto á devoción para la hora del sacrificio; y así lee primero una leccion de la doctrina de los Apóstoles ó de los Profetas, y despues otra de la doctrina y palabras que nuestro Señor Jesucristo habló, y despues en los domingos y fiestas principales dice el credo, confesando la fe, y armándose con esta misma confesion para ofrecer el único sacrificio de la fe é Iglesia católica.

Y no contento con esta disposicion, llegándose más el tiempo del sacrificio, dispone otra vez á todos los presentes á lo mismo, amonestándoles que levanten todos sus corazones al cielo y los pongan en compañía de los Angeles, y juntamente con ellos den gracias á Dios por los gran-

des beneficios que nos ha hecho, diciendo primero: El Señor sea con vosotros: y responde el pueblo: Ese mismo Señor sea con tu espíritu.

Entónces vuelve á decir el Sacerdote: *Sursum corda*, que quiere decir: Levantad los corazones; y responde el pueblo: *Habemus ad Dominum*: Ya tenemos levantados los corazones á Dios; como si dijera: Así lo hacemos.

Y respondiendole esto, dice el Sacerdote: *Gratias agamus Domino Deo nostro*, que quiere decir: Pues que afirmáis que ya tenéis los corazones levantados y puestos con Dios, ahora podremos convenientemente dar gracias á nuestro Señor Dios. Y vuelve á responder el pueblo: *Dignum et justum est*: Cosa es muy digna, justa que así lo hagamos; y dada esta respuesta, comienza el Sacerdote á dar gracias por sí y por todos los circunstantes, diciendo: Verdaderamente, cosa es muy digna, muy justa y debida, y muy saludable, que te demos gracias en todo tiempo y lugar á ti, Señor santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno, por los maravillosos beneficios que nos hiciste por Jesucristo tu Hijo, por el cual eres alabado de todos los Angeles y Arcángeles, Querubines y Serafines, y por todos los demas espíritus bienaventura-

dos, con los cuales te pedimos que juntes y aceptes nuestras voces, porque nosotros tambien con ellos con humilde corazon te confesamos y alabamos, diciendo: Santo, Santo, Santo, Dios y Señor de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, y manifestacion de tu bondad, sálvanos en las alturas; bendito es aquel Unigénito Hijo tuyo, y Redentor nuestro, que en tu nombre vino á la tierra á saludarnos.

La declaracion de todas estas palabras ha de servir para que entiendan todos lo que prometen ó afirman estando presentes en la Misa, y procuren cumplirlo; porque, como se ha dicho, afirman que ya tienen los corazones puestos en los cielos con Dios, y que no piensan en cosa de la tierra, y así lo deben hacer.

Mire, pues, el cristiano no mienta al Espíritu Santo, como hizo Ananías y Saffira; no diga de ti el Señor lo que dijo de otros: Este pueblo, que está oyendo esta Misa, con los labios me honra; pero su corazon está muy léjos de mí. ¡Ay de aquellos que ni aun con los labios honran al Señor, sino ántes los entregan al mundo y á sus negocios, tratando de cosas de la tierra! La honra de la Misa es, en la cual principalmente has de ejercitar el sábado

espiritual, desocupando el corazon para con Dios, estando temblando, y considerando, con toda reverencia, que allí, en aquel altar, por manos del Sacerdote, se ofrece el mismo sacrificio que se ofreció en la cruz; el cual es de infinito valor, ofreciéndole tú tambien por todos tus pecados, y pidiendo al Padre Eterno, que la vileza y hediondez de nuestras culpas no impida el valor y olor suave de este sacrificio, con que no fructifique en nosotros; y por esto es cosa abominable que estés hablando en la Misa, porque quien parla en ella, no la oye; mas oye á sí mismo, ó á aquel con quien habla. Ni basta no hablar con otro: debes tambien no consentir en tu corazon otros pensamientos de las cosas del mundo, sino dar el corazon á aquel alto misterio, teniendo especial memoria de la muerte y pasion del Hijo de Dios, cuya memoria allí se celebra, cuya carne y sangre allí está ahuyentando como Abrahan, las moscas de los pensamientos de la tierra, apartándolas, y haciéndolas huir con diligencia, teniendo dolor de tus pecados, con grande arrepentimiento de ellos, y confiando que por la virtud de aquel sacrificio que allí se celebra, alcanzarás perdon de ellos, y no haciendo allí otros de nuevo. Porque para

este efecto, al principio de la Misa, dijiste la confesion general con el Sacerdote, acusándote de todos los pensamientos y deseos malos y ociosos, y de todas las palabras ociosas, torpes é injuriosas, para que de esta manera, reconciliado con Dios, pudieses ofrecer este sacrificio con mayor limpieza del alma. Pues si para esto dijiste la confesion, y pediste perdon de los pensamientos y palabras ociosas, ¿cómo vuelves, en el tiempo del mismo sacrificio, á contaminar tu alma con las mismas palabras y pensamientos?

Si oyes Misa para que los pecados que traes del mundo á la iglesia te sean perdonados, ¿cómo en la misma iglesia, delante del sacrificio de limpieza, cometes otros? Mira que no vienes á la iglesia para enfermar más en el alma, sino para llevarla sana á tu casa; y por esto te debes ocupar en ofrecer aquel sacrificio por la salud de ella, y por todas las mercedes y beneficios que de Dios has recibido, así generales como especiales, así para el alma como para el cuerpo.

## SEGUNDO MANDAMIENTO.

### *Ayunos que manda la Santa Madre Iglesia.*

Con gran piedad y provecho de los fieles manda la Santa Madre Iglesia el ayuno de algunos dias; porque el ayuno está en la Sagrada Escritura muy encomendado, y los Padres antiguos y Cristo nuestro Salvador nos dieron de él excelentes ejemplos, al cual nos convida el Señor por su Profeta, diciendo: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, con ayunos y llantos. Y un poco más abajo dice: Tocad una trompeta en Sion, y santificad el ayuno; el cual se santifica acompañándole con otras buenas obras.

Porque así se alcanza el perdon de los pecados y la gracia del Señor; y así, segun nota San Jerónimo, Daniel, varon de deseos, mediante el ayuno, alcanzó los secretos divinos; y los ninivitas por él aplacaron la ira del Señor, y Moisés y Elías, con cuarenta dias de ayuno, merecieron la hartura y pasto de la comunicacion de Dios; y el mismo Señor y Salvador nuestro ayunó en el desierto otro tanto tiempo,